

UNA PRECUELA ORIGINAL DE

DUNGEONS & DRAGONS

HONOR ENTRE LADRONES



EL CAMINO A NEVERWINTER

JALEIGH JOHNSON

minotauro



EL CAMINO A NEVERWINTER

JALEIGH JOHNSON

minotauro

Título: *Dungeons & Dragons: Honor entre ladrones. El camino a Neverwinter*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

© 2023 Wizards of the Coast LLC. © 2023 Paramount Pictures Corporation.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, are property of Wizards of the Coast LLC.

Título original: *Dungeons & Dragons: Honor Among Thieves. The Road to Neverwinter*

Diseño de cubierta: David G. Stevenson y Ella Laytham

Ilustraciones de cubierta: Steve Anderson

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © David Tejera

ISBN: 978-84-450-1493-6

Depósito legal: B. 19.886-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

U.S. Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO I

HACE DIEZ AÑOS

Edgin intentaba recordar la última vez que había dormido. Para él, el sueño era como una sirena encantadora y caprichosa que estaba seguro de haber conocido en algún momento. Tenía hasta una cama, y una cómoda, si no recordaba mal. Pero últimamente su mundo se había reducido a la mesa, pequeña y llena de cortes, que había en la cocina, junto a la chimenea. Y todo lo que lo rodeaba, tanto las plantas secas que colgaban del techo como la cazuela en la que la comida hervía o se le quemaba, le resultaban elementos difusos. Todo era culpa de...

Un aullido hendió el aire de la pequeña cabaña y atravesó los tímpanos de Edgin hasta repiquetearle en el corazón, dentro del pecho. Dio un respingo que hizo que agitase el pequeño fardo que tenía entre los brazos, lo que provocó que se oyese otro aullido estridente, que juraría que no era muy diferente al lamento de una banshee. Y lo sabía muy bien, porque hacía mucho tiempo había tenido una relación muy íntima con una.

Pero aquello no era una banshee. Bajó la vista hacia su bebé. La carita de Kira estaba fruncida en una expresión de tristeza, aunque Edgin creía que era imposible que la sintiese un bebé cuyas únicas preocupaciones en la vida eran comer, dormir y defecar en cantidades sorprendentes.

Pero las preocupaciones de Edgin sí que eran muchas y muy variadas.

Para empezar, ya no tenía trabajo. Había dejado los Arpistas, el grupo con el que había hecho un juramento y al que había dedicado su vida, porque la devoción ciega había resultado en la muerte de su esposa en manos de los enemigos de dicho grupo. La pena y la culpa le habían provocado un vacío difícil de llenar, un agujero que se lo habría tragado por completo, o al que él habría saltado por voluntad propia, de no ser por la niñita inquieta que tenía entre los brazos.

Kira. La única familia que le quedaba. Estaba dispuesto a morir por ella. A cruzar las llamas, enfrentarse a una horda de kobolds o matar a cualquiera que intentase hacerle daño.

Alguna que otra vez también deseaba lanzarla por la ventana, para tener algo de paz, tranquilidad y descanso; una sensación contradictoria si tenía en cuenta el amor incondicional y las ganas de protegerla que anidaban en su pecho.

¿Se suponía que eso era ser padre?

No tenía nadie cercano a quien preguntarle, por lo que Edgin se había limitado a intentar sobrevivir a los últimos meses.

Se sirvió la decimoquinta o decimosexta taza de té de la tetera abollada que había en el centro de la mesa, e intentó mantenerse alerta mientras Kira continuaba expresando con llantos su tristeza infantil.

—Lo siento, cielito —gruñó él, mientras la acunaba entre los brazos—. Es que no sé lo que quieres.

Conseguir que su hija dejase de llorar era una de las muchas cosas que no se le daban nada bien. Otra era el hecho de que se hubiesen quedado sin leña y que la despensa, que nunca solía estar muy bien abastecida, estuviese casi vacía. Cocinara lo que cocinase, siempre dejaba en la cabaña ese distintivo olor a quemado que hacía que le llorasen los ojos, pero no quería dejar a Kira sola durante el tiempo que necesitaba para solucionar ese tipo de cosas. ¿Cuándo se suponía que iba a tener tiempo para salir y conseguir suministros, mientras ella lloraba? ¿Y con qué dinero iba a comprarlos si ya no formaba parte de los Arpistas...?

Edgin dejó de darle vueltas a lo mismo de siempre y, con la mano libre, dio un buen sorbo al té. Hizo un mohín. Estaba caliente y amargo, y no servía para despejar su mente abotargada. Necesitaba una comida caliente, aire fresco y también un cambio de escenario. Si se quedaba en la cabaña otro minuto más, iba a empezar a gritar al unísono con su bebé. ¿En qué lugar lo dejaría algo así?

Extendió la mano hacia la bolsa que tenía atada a su cinturón y palpó en el interior, en busca de unas pocas monedas. Sacó varias de plata, que formaban parte de sus ahorros de emergencia. Serían suficientes para comer un poco en la taberna local y comprar algo de leche para Kira. Además, puede que el paseo sirviese para distraer a su hija y la librara de su tristeza.

Crear que lo libraría a él de la suya era esperar demasiado, pero al menos lo ayudaría a mantenerse despierto.

El Baile y el Naípe era una taberna que se encontraba en un edificio antiguo, de un solo piso, con buenos precios y unos parroquianos muy leales, aparte de viajeros que entraban para sacudirse el polvo del camino de las botas y tomarse una o dos pintas. Una chimenea grande de piedra dominaba la esquina trasera de la estancia, cerca de la barra, y también había un pequeño escenario en el extremo opuesto para los bardos y otros artistas que quisiesen probar suerte con el público. En una ocasión, Edgin había sido uno de esos artistas.

En otra vida.

Aquella noche pasó junto al escenario y la barra y se dirigió a una mesa que había cerca del fuego chisporroteante. Colocó a Kira en el moisés y el llanto de la cría empezó a remitir. Edgin no supo si fue por el calor del fuego, por poder mirar las caras de la gente o por el cambio de escenario, ahora que ya no se encontraban dentro de esa cabaña deprimente. Se bebió media botella de leche y después se llevó dos dedos rechonchos a la boca, contemplando el lugar con un asombro adormilado.

Edgin se derrumbó en el taburete y disfrutó de una tranquilidad relativa.

Unos minutos después, alguien le colocó delante un cuenco lleno de un estofado denso, con grandes pedazos de patatas, zanahorias y carne, así como una jarra grande de cerveza y un plato de madera lleno de pan. ¿Lo había pedido? ¿O alguien le había visto la cara y pensado: «Padre primerizo muriéndose de hambre: ¡necesita un poco de carne!»? La verdad es que a Edgin no le importó demasiado en ese momento. Partió un poco de pan caliente y lo usó para rebañar todo el estofado que fue capaz del interior del gran cuenco. Le supo a gloria. Una gloria intensa y grasienta. Y soltó un gemido de placer al dar un buen trago a la cerveza fría y amarga.

¿Por qué había esperado tanto tiempo para hacer algo así?

Kira se había quedado dormida, con la boca abierta y los brazos sobre la cabeza, y por primera vez en lo que creía que habían sido años Edgin comía caliente mientras bebía cerveza. El calor de la chimenea le acariciaba la piel y hacía que se le relajasen demasiado los párpados. Aquella noche iba a dormir muy bien.

Muy bien.

Edgin volvió en sí al sentir un dolor intenso en un lado de la cara, momento en el que notó que un reguero de baba le caía por el mentón. Por los Nueve Infiernos, ¿qué era lo que acababa de atacarlo?

Se encontraba tumbado en el suelo de la taberna. A pesar de tener la vista nublada, consiguió atisbar que la sala seguía abarrotada y que la gente iba de un lado a otro por la estancia, hablando, riendo y sin prestarle la más mínima atención.

Supuso que era normal. La gente se desmayaba una y otra vez en las tabernas, y aquella, sin duda, no era la primera vez que él se había despertado así, bocabajo en un suelo de adoquines, con un latido en la cabeza y sin tener ni idea de cómo había acabado así. La mayoría de las veces le ocurría después de pasarse la noche bebiendo, pero otras había sido tras recibir un puñetazo que lo había dejado tirado en el suelo.

¿Lo habría atacado alguien por detrás? Dioses. Los sentidos abotargados de Edgin comenzaron a recuperarse.

Kira. ¿Dónde estaba Kira?

Se levantó del suelo con un único movimiento, muy grácil. O eso fue lo que intentó, al menos. Lo que ocurrió en realidad fue que se zarandeó como un pez atrapado en una red hasta que consiguió poner las manos debajo de su cuerpo e incorporarse para quedarse sentado.

Se había caído al lado de su mesa. La jarra y el cuenco de estofado seguían allí esperándolo. Pero Kira...

Los sentidos agitados de Edgin volvieron a tardar unos instantes en procesar lo que estaba viendo.

Kira, su bebé, el núcleo de su existencia, lo único de su vida que merecía la pena, colgaba en aquel momento del brazo extendido de una mujer musculosa y seria, con el cabello largo y negro y tatuajes en ambos brazos, ataviada con pieles y prendas manchadas del viaje, y que tenía amarrada a la espalda el hacha más grande que Edgin había visto jamás. De verdad que jamás había imaginado que se forjasen hachas tan grandes.

—¡Suéltala!

Las palabras brotaron de su interior y se abalanzó hacia la mujer, con la intención de derribarla y coger a Kira, protegiéndola con su cuerpo si era necesario.

Eso era lo que tenía en mente, claro.

Pero lo que ocurrió en realidad fue que la mujer dio un paso a un lado con toda tranquilidad para evitar la carga de Edgin, que se deslizó por el suelo resbaladizo de la taberna y cayó bocabajo. Cayó a plomo, como si tuviese el cuerpo lleno de piedras. ¿Estaba así tras solo una cerveza? ¿Qué le estaba pasando?

Se puso en pie al momento. La estancia se agitaba sin parar a su alrededor, pero consiguió recuperar la compostura y volvió a dirigirse hacia la mujer.

—Te he dicho que la...

Nunca llegó a terminar la frase. En esta ocasión la mujer le dedicó una mirada de indignación y, cuando estuvo lo bastante cerca, lo agarró por el cuello con la mano que le quedaba libre. Y Edgin se limitó a... quedarse quieto, colgando como un muñeco de la mano de

la mujer. Al parecer no pretendía hacerle daño, o mucho daño al menos, pero tampoco es que fuese muy agradable ser agarrado del cuello. Al menos a Kira la estaba agarrando con mucho más cuidado, por el cuello del pijama.

De hecho, ahora que la miraba, Kira parecía extrañamente... ¿contenta? No dejaba de agitarse en el aire frente al rostro de la desconocida, con esas manitas suyas tan pequeñas. Edgin se dio cuenta de que estaba intentando jugar a «te robo la nariz». Todos los que se hayan topado con un bebé conocen ese juego.

Menos la mujer. Arqueaba las cejas e intentaba dilucidar qué era lo que quería Kira. Edgin no podía decírselo, aunque hubiera querido, porque lo tenía agarrado por el cuello, por lo que se limitó a quedarse quieto y sin aliento. La situación era muy humillante.

Al fin, la mujer consiguió traducir los balbuceos y gemidos de Kira y se inclinó hacia delante. Los dedos rechonchos de la bebé se cerraron alrededor de la nariz de la desconocida y la niña soltó una risilla de bebé triunfante.

Dioses, pensó Edgin. Seguro que ahora iba a enfadarse. Iba a hacer daño a Kira. Se agitó, sin dejar de colgar de la mano de la mujer, desesperado por liberarse.

Pero ella abrió la boca y dijo, con voz grave y profunda:

—Bup.

Kira estalló en otra andanada de risotadas.

Edgin dejó de estremecerse. Su mente privada de sueño al fin consiguió darse cuenta de algo que quizá tendría que haber notado desde un primer momento: que la desconocida no pretendía hacer daño a su hija. Daba la impresión de que nunca había visto un bebé antes y, sin duda, no tenía ni idea de cómo sostener bien a uno. Pero tampoco iba a comerse a la niña. El alivio hizo que se relajase, pese a seguir colgando.

La mujer giró la cabeza para mirarlo y cabeceó un poco, como si hubiese notado que se rendía. Luego dejó a Edgin en el suelo y cogió a Kira con ambos brazos. Después, se apoyó en la mesa, en la mesa

de Edgin, y empezó a acunarla con torpeza sobre una de las rodillas. Kira tenía una expresión embelesada, una que Edgin creía que solo le pertenecía a él. Intentó ignorar la punzada de celos, se puso en pie y ocupó el taburete que se encontraba junto a la mujer.

—Bueno —dijo, con la vocecilla ronca que le había quedado después de que lo agarrasen por el cuello—. ¿Sueles venir a las tabernas para coger a los bebés de los demás o qué?

Ella lo miró.

—¿Y tú siempre dejas a tu hija sin vigilancia mientras te quedas dormido? —apostilló la mujer con brusquedad—. Cuando te he visto, estabas a punto de desmayarte.

—¡No es verdad! —Edgin bajó la voz cuando una pareja de parroquianos se quedó mirándolos, pero no consiguió reprimir la rabia—. Lo tenía todo bajo control antes de que te inmiscuyeses.

—Lo que tú digas.

La mujer había vuelto a fijar su atención en Kira, que le había agarrado un buen mechón de pelo para metérselo en la boca.

¿Cómo había perdido Edgin el control de la situación? ¿Qué estaba pasando?

—Métete... —empezó a decir, señalando a la desconocida con el dedo índice, como si aquel gesto fuese a darle algo de dignidad—. Métete en tus asuntos.

Después titubeó, aún con la boca abierta, antes de seguir con el discursito. Se acababa de dar cuenta de algo.

Kira no estaba llorando. Estaba riendo. Estaba contenta y entretenida por alguien que no era Edgin por primera vez en meses.

Y la cerveza y el estofado aún le esperaban sobre la mesa, sin terminar.

—Ya que estás aquí, ¿por qué no me dices cómo te llamas, de dónde eres, cuánto tiempo llevas en el pueblo y a qué te dedicas? —dijo mientras agarraba la jarra y le daba un trago. La cerveza se había calentado en el tiempo que había pasado inconsciente en el suelo, pero era mejor beber cerveza caliente que no beber cerveza.

La mujer suspiró con fuerza, como si tratar con él fuese más complicado que hacerlo con un bebé. Lo cual parecía cierto.

—Holga —respondió.

Edgin decidió jugársela y dar por hecho que aquel era su nombre. Esperó a que respondiese el resto de las preguntas, pero al parecer esa era la única información que iba a conseguir, ya que Kira volvió a agarrar la nariz de Holga y quedaron absortas en ese juego de «te robo la nariz».

Bueno, un nombre ya era algo. Edgin se inclinó hacia delante en la silla y se afanó en la comida. Cuando el camarero pasó junto a la mesa, le pidió dos cervezas más, no sin antes mirar a Holga para pedirle permiso. Ella cabeceó ligeramente y dijo:

—Patata, por favor.

Edgin parpadeó, como si no la hubiese oído bien. Después se giró hacia el camarero.

—Dos cervezas y una patata —dijo, algo inseguro. Miró a Holga—. Supongo que asada, ¿no?

Holga volvió a asentir.

El camarero se marchó.

Fue una de las comidas más extrañas que Edgin había compartido jamás con otra persona, ya que básicamente consistió en Kira riendo y agarrando la nariz de Holga, y ella comiendo una patata asada, que cogía con las manos desnudas a pesar del vapor que brotaba de ella. Terminó por pedir otro cuenco de estofado para él. Kira ya se había bebido toda la leche que necesitaba y, al terminar, soltó un eructo impresionante contra el hombro de Edgin. Holga soltó lo que le pareció un gruñido de aprobación.

—Buena niña —dijo—. Fuerte. Y guapa, como un bichito.

—¿Un bicho? —dijo Edgin. Al ver que Holga fruncía el ceño, añadió al momento—. Mira, si te gustan los bichos, yo no tengo nada que opinar al respecto.

Edgin miró en dirección a la ventana. Se había hecho de noche y probablemente era muy tarde. Había perdido la noción del tiempo

durante la cena. Y también cuando se había quedado inconsciente. La comida caliente que tenía en el estómago le había vuelto a dar sueño. Notaba arenilla en los ojos al cerrarlos y la cabeza no dejaba de caerle sobre el pecho, pero él, para combatir el sueño, volvía a levantarla una y otra vez.

—Deberíamos volver a casa —dijo mientras daba un gran bostezo—. El bichito se acuesta pronto. Ya sabes.

—Ah —dijo Holga, que parecía abatida de repente—. Claro.

Edgin pagó la cena, y solo torció un poco el gesto al notar lo ligero que se le había quedado el monedero. Se dijo, con firmeza, que había merecido la pena.

Holga lo siguió al exterior. Edgin se quedó allí en la oscuridad durante unos instantes, mientras la luz de la taberna se proyectaba a su espalda, respirando el frío aire fresco de la noche. Kira ya estaba dormida en sus brazos y, a pesar de lo agotado que estaba, volvió a sentirse humano por primera vez en meses. Ya no era un sonámbulo que daba tumbos en una pesadilla.

Saboreó aquel momento de tranquilidad, pero se dio cuenta de que Holga aún estaba a su lado, con la mirada levantada hacia el cielo estrellado.

Era una situación incómoda, aunque suponía que se debía a que no se habían despedido como era debido.

—Gracias por cuidar a Kira mientras me quedé... ya sabes... indispuerto —dijo él.

—No hay de qué —respondió Holga, pero no hizo amago alguno de marcharse.

Edgin sintió que la sospecha que había sentido al principio volvía a apoderarse un poco de él. ¿Intentaría Holga asesinarlo y secuestrar a Kira cuando se alejasen de la abarrotada taberna? El instinto hizo que agarrase con más fuerza a su hija, que protestó un poco en sueños.

Quizá sería mejor que volviese al interior de la taberna, esperase una hora más y regresase más tarde a casa con uno de sus vecinos. Pero estaba muy cansado y, si no llegaba pronto a la cama, probable-

mente se quedaría dormido en uno de los huertos de tomates que tenían plantados esos vecinos.

Mientras valoraba sus opciones, Holga habló:

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó, con voz titubeante—. ¿Para asegurarme de que llegas..., de que la bebé llega... bien?

Edgin la miró, pero Holga no le devolvió el gesto. La mujer tenía una expresión triste, tanto que Edgin notó una punzada en el pecho, en el lugar donde solía estar su corazón. Lo cierto era que, en sentido figurado, no había usado aquel músculo desde hacía mucho tiempo, por lo que no tenía claro lo que sentía en aquel momento. A pesar de las sospechas, se arriesgó y preguntó:

—¿No tienes un sitio donde quedarte esta noche?

—¿Qué? —Las mejillas de la desconocida se ruborizaron y hundió una bota en la tierra—. Claro que lo tengo. Solo quería cuidar de la niña.

Durante la época que había pasado en los Arpistas, Edgin había aprendido alguna que otra cosa sobre cómo interpretar los gestos de las personas, sobre cómo encontrar en ellos engaños, exageración o mentiras, descaradas a veces. Y, como no hacía mucho tiempo que él se había unido a las filas de las almas perdidas de Faerûn, no le costó mucho reconocer a un espíritu afín.

Holga también había perdido algo muy valioso para ella. No tenía ningún sitio adonde ir y sentía que su vida había quedado a la deriva.

Puede que esa fuese la razón por la que Edgin, sin darse cuenta y para su sorpresa, dijese:

—¿Sabes qué? ¿Por qué no nos acompañas a casa y pasas allí la noche, para asegurarte? Nunca se sabe si puede haber un asesino acechándonos en los callejones oscuros.

En aquel pequeño pueblo perdido de la mano de los dioses que casi nadie conocía.

Holga se enderezó de inmediato, aunque no sonreía. No movió los labios siquiera. Edgin dudaba que su rostro fuese capaz de torcerse para formar una sonrisa, pero podría estar equivocado.

Lo que le había pasado a Holga no era de su incumbencia. Él también tenía un pasado y tampoco estaba muy por la labor de contárselo a una desconocida.

Mientras caminaban en dirección a su cabaña, se recordó que solo iba a ser una noche. Se quedaría despierto para vigilar a Kira, por si Holga intentaba algo. Y por la mañana la mujer se marcharía. Fin.

Al menos eso era lo que tenía pensado. En realidad, cuando llegaron a su casa se había quedado medio dormido de pie. Terminó durmiendo en el suelo en vez de en su cama, sin saber muy bien cómo, pero cuando despertó alguien había encendido la chimenea y había un cesto lleno de leña al lado. Holga estaba fuera, cortando más madera, mientras Kira se encontraba cerca, apoyada en un tocón, mirándole y aplaudiendo como un bebé para indicarle su aprobación.

No había llorado en ningún momento.